

CAPÍTULO VIII

Obediencia y respeto a la jerarquía eclesial

La obediencia, virtud característica del cristianismo, es el fundamento de la vida religiosa, la síntesis de la perfección y el camino más seguro para alcanzar las demás virtudes.

Absolutamente convencido de esta verdad, el Padre Champagnat practicó ante todo la obediencia y se puso a disposición de los Superiores. Hasta tal punto desconfiaba de su propio criterio, se hallaba tan persuadido de que sin la obediencia ni siquiera con las mejores acciones se puede agradar a Dios, y profesaba tan profundo respeto a los Superiores, que una sola palabra hubiera sido suficiente para determinarle a abandonar la obra más querida de su corazón: la fundación del Instituto.

En varias ocasiones dijo al señor arzobispo de Lyon y a los Vicarios¹ generales: “Si creen que esta obra no procede de Dios, díganmelo y la dejaré inmediatamente, pues sólo quiero lo que Dios quiere; y sólo a través de ustedes puedo saber lo que él desea de mí.”

Una de las máximas del piadoso Fundador era que el hombre sólo es feliz y sólo puede realizar el bien, donde Dios lo quiere; y Dios lo quiere donde le reclama la obediencia. Por eso, nunca pidió, ni siquiera deseó, cargo alguno. Tampoco hizo nada a espaldas de sus Superiores, ni emprendió nada sin haber obtenido su beneplácito.

Según él, *la obediencia es imprescindible a los Hermanos, por tres razones.*

“1.^a Porque es el fundamento del estado religioso, y por ella se nos transmiten las gracias de estado, tan necesarias para la fidelidad en la vocación. Así pues, si queréis que Dios se valga de vosotros para realizar el bien entre los niños, obedeced, estimad el cargo y el empleo que os confía la obediencia. *Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos pescado nada* –dijeron los apóstoles al Salvador–; *pero ya que lo dices tú, echaremos las redes*². Lo hicieron así y recogieron tal cantidad de peces que las redes se rompían. Imitad a los apóstoles: echad la red en el lugar que os señale la obediencia y atraeréis la bendición sobre vuestro trabajo y lograréis ganar a los niños para Dios.

¿Sabéis lo que sucede cuando la obediencia os pide un trabajo determinado? Si lo aceptáis dócilmente, Dios os depara inmediatamente todas las gracias³ necesarias para cumplirlo debidamente y cuanto más os cueste lo que os pide la obediencia, tanto más abundantes serán tales gracias.

Dios enviará su ángel por delante para que os prepare el camino, remueva las dificultades, disponga el ánimo de la gente en vuestro favor y haga dócil el corazón de los niños. Comprobaréis por experiencia que no hay nada difícil, que todo es posible cuando se obra por obediencia. Al contrario, si seguís vuestra voluntad; si buscáis vuestros gustos en los cargos o empleos; si tanto insistís que obligáis a vuestro Superior a cambiaros, no tendréis derecho a esperar las gracias especiales: recordad esta frase de la Imitación de Cristo⁴: *Quien se sustrae a la obediencia, él mismo se aparta de la gracia.*

Al veros privados de la gracia y auxilio de Dios, no alcanzaréis éxito alguno. Y donde pensabais encontrar gozo y satisfacción, sólo hallaréis penas y aflicción. En esa situación seréis tanto más desdichados cuanto que la conciencia os estará acusando de haber sido vosotros mismos los autores de tan triste situación y de haberos buscado esos sufrimientos por vuestra falta de obediencia.

En esta coyuntura no cabe esperar consuelo ni de Dios ni de los hombres. Nada podréis esperar de Dios porque no hacéis su voluntad, sino la vuestra. Y no os atreveréis a

acudir al Superior, pues podría muy bien contestaros: “Usted me obligó a darle ese empleo, ese cargo; si fracasa, si es desgraciado, la culpa es suya, tiene lo que buscaba”.

Para explicar mejor su pensamiento, se valía de esta comparación: “Si el soldado enviado a una guarnición sigue las órdenes escritas en su hoja de ruta, en cada etapa y por doquiera que pase encontrará protección, alojamiento, víveres y cuanto necesite. Pero si se aparta del camino, no puede exigir nada y se verá abandonado a su suerte; tendrá que viajar por su cuenta, con riesgo de ser capturado y encerrado como desertor. Lo mismo sucede con el religioso: mientras sigue la senda de la obediencia, Dios lo colma de su gracia y lo protege con su auxilio; nada le falta y Dios bendice cuanto emprende. Pero si se aparta de esa senda para caminar por la de su propia voluntad, ya no tiene derecho al auxilio de Dios, y queda abandonado a su debilidad; comete tantas faltas como pasos; es desdichado y hace desdichados a quienes le rodean”.

2.^a *La obediencia es indispensable a los Hermanos* porque están obligados a infundir esta virtud a sus alumnos. Todos admiten que el único medio de regenerar a la sociedad es dar buena educación a los niños. Ahora bien, la obediencia ocupa el primer lugar entre los elementos básicos de una buena educación⁵. Pero en esto, como en todo, nadie da lo que no tiene. Y si el Hermano no es obediente, nunca podrá comunicar esa virtud a sus alumnos; y por el mero hecho de no enseñarles a obedecer, deteriora su obra educativa. De nada sirve aducir que se puede conseguir la obediencia con la firmeza de carácter o por la fuerza. La obediencia no puede imponerse; se propone. El orden exterior y la disciplina pueden imponerse y mantenerse mediante una autoridad y voluntad enérgica, pero sólo la obediencia y la gracia, que siempre la acompaña, pueden comunicar dicha virtud y hacerla brotar en el corazón de los niños.

3.^a *La obediencia es también indispensable a los Hermanos* porque es para ellos un deber de estado; sin ella no hay progreso en la virtud, ni satisfacción personal. La obediencia es una obligación para los Hermanos, un precepto, ya que han hecho la promesa, se han comprometido por voto a obedecer. La vida del Hermano, como consecuencia del voto, es esencialmente vida de dependencia; y aquel que en religión sigue apegado a su propia voluntad y se sustrae a la obediencia para seguir su propio capricho, falta a su deber de estado y no cumple el voto.

Algo que no debemos olvidar es que los Hermanos deben obediencia especialmente a quienes han sido puestos para guiarlos; que no cumplen el voto si no obedecen a sus Hermanos Directores. Efectivamente, debéis obediencia al Hermano Director porque es el representante del Superior; dependéis de él en los pormenores de vuestra conducta. El que sólo obedece al Superior o cuando lo ordena el Superior⁶, casi nunca obedecerá; pues el Superior, en contadas ocasiones, manda por sí mismo. Y, en la práctica, muchísimos religiosos nunca recibirán ninguna orden suya. De ahí deduzco que un Hermano que no está unido a su Director ni se le somete, no es obediente ni cumple su voto.

Ahora bien, si no cumple el voto, no preguntéis qué progresos hace en la virtud: no hace progreso alguno. No avanza, retrocede. Día a día va perdiendo insensiblemente la piedad, el amor a la vocación, la abnegación por su empleo, el horror al pecado y el celo por la salvación del alma. Y, a no tardar, sólo conservará el hábito de religioso y perderá la paz y la alegría. La dicha y santo gozo que antes, cuando era dócil y obediente, experimentaba, serán sustituidas por el desorden, el mal espíritu, la amargura de corazón y el hastío y cansancio de su santo estado.

He aquí una verdad que quisiera que no olvidarais. Hay dos personas de las que depende nuestra felicidad; para estar satisfechos, para ser felices en la vocación, os es indispensable estar a bien con ellas. Esas dos personas son Dios y el Superior. Para estar en paz con Dios, se necesitan dos cosas: temer el pecado y evitarlo cuidadosamente; ser fieles a todos los ejercicios de piedad y hacerlos con el mayor fervor posible. Para estar en paz con el Superior, se necesita también otras dos cosas: total y entera apertura de corazón y docilidad.

Traedme un religioso que esté en paz con Dios y con el Superior y que no sea feliz en su vocación y en su empleo; no creo que lo encontréis. Presentadme un religioso que se relacione poco con el Superior, que le oculte su interior, sus defectos y debilidades; un religioso que guarde cierta antipatía contra el Superior, que se crea maltratado por él, y que al mismo tiempo se sienta feliz, satisfecho y sea sólidamente virtuoso: podréis recorrer toda la tierra y no encontraréis uno solo. Para un religioso, obediencia, felicidad y virtud sólida son palabras sinónimas; quien no posea la primera nunca poseerá las otras dos.”

* * *

El amor que el buen Padre sentía por la obediencia lo movía a buscar ocasiones de ejercitarla. Por ejemplo, cada vez que quería celebrar una toma de hábito, pedía permiso al señor arzobispo⁷. Alguien le hizo observar que podía conseguir un permiso definitivo, evitándose así tener que escribir varias veces al año para solicitar siempre lo mismo. “Es cierto –respondió– que eso me evitaría trabajo; pero, además de que me gusta tener relaciones frecuentes con los Superiores, es bueno hacer a menudo actos de dependencia y buscar ocasiones de practicar la obediencia.”

Ejemplo admirable, y muy apropiado para avergonzar a los espíritus independientes, amantes de la falsa libertad, que consideran penosas las Reglas que les obligan a mantener frecuentes relaciones con el Superior y, en determinadas circunstancias, a pedirle permiso.

El piadoso Fundador tenía profundo respeto a los pastores de la Iglesia. Ante todo a nuestro Santo Padre el Papa, cuyas decisiones, advertencias y cuanto de él procedía consideraba como oráculos. Un día que leían en comunidad una carta encíclica de León XII⁸ sobre los malos libros, quiso que los Hermanos la escucharan de pie como muestra de respeto profundo a la palabra del Papa.

Con motivo de esta carta, dio a los Hermanos esta norma tan prudente, prohibiéndoles la lectura de toda obra peligrosa: “Los libros⁹ sospechosos tomados a los niños, se entregarán al Hermano Director, sin tomarse la libertad de leerlos; y el Hermano Director, si los considera peligrosos, sin examinarlos, los entregará al señor cura.”

“Al ver que un Hermano mayor leía un libro con mucho interés, le preguntó:

– ¿Qué está leyendo?

– Padre, estoy leyendo un libro sobre la infalibilidad del Papa.

– ¿Quién es el autor?

– El cardenal Mauro Cappellary¹⁰, actualmente nuestro Santo Padre el papa Gregorio XVI.

– ¡Enhorabuena! Pero ¿cree usted en la infalibilidad del Papa?

– Sí, Padre, creo firmemente.

– Yo también –repuso–; siempre he creído en ella y nunca he tenido la menor duda.

Para infundir adhesión firme a la Iglesia y sumisión total a su augusto Jefe, en diversas circunstancias les propuso esta comparación:

“Así como la luz que ilumina la tierra procede del sol, del mismo modo, toda la luz que ilumina a los hombres procede del Santo Padre el Papa. El Papa es para el mundo moral lo que el sol para el mundo físico. Sin el sol, la tierra se transformaría en un caos total; sin el Papa, la Iglesia desaparecería en la nada, y sólo nos quedaría la tiniebla profunda del error. Lo que está sucediendo entre los protestantes, que ya han llegado a negar hasta la misma existencia¹¹ de Jesucristo, es una prueba evidente. Mientras permanezca unido a los pastores, el católico está en la verdad, sigue unido a Jesucristo.

La Iglesia actual se mantiene tal como Jesucristo la fundó y los apóstoles la establecieron. Si san Pedro y san Pablo volvieran hoy a la tierra, no tendrían que quitar ni añadir un solo ápice a su doctrina; encontrarían la Iglesia tal como la dejaron, es decir, con los mismos dogmas, moral, enseñanza, sacramentos, medios de salvación y jerarquía. Me atrevo a afirmar que esos santos apóstoles¹² se sentirían contentos y satisfechos y podrían exclamar: Ésta es realmente la Iglesia que nosotros fundamos, la esposa de Jesucristo, sin mancha ni arruga¹³; sigue siendo la misma que dejamos al morir.”

No era menor su respeto a los obispos. En cuanto llegaba a su presencia, se postraba de rodillas y pedía humildemente la bendición; y lo mismo hacía al despedirse. Los prelados con los que tuvo que relacionarse quedaron prendados de la humildad y sencillez del piadoso Fundador. Todos le dieron muestras del gran aprecio y se manifestaron totalmente favorables a su obra, lo que constituyó para él una de sus mayores satisfacciones. “¡Qué consolador resulta –exclamaba a veces– tener de nuestra parte a todos estos santos obispos! ¡Qué vamos a temer si nos guían y protegen como sucesores de los apóstoles, aquellos que son luz del mundo, columnas de la verdad, sal de la tierra!¹⁴ Los obispos son nuestros padres, hemos de considerarnos hijos suyos y darles en todo momento muestras de profundo respeto y entera sumisión. Es imprescindible que los Hermanos se entiendan bien con el clero; hoy, más que nunca, es necesario para hacer el bien.”

Tal vez nada recomendó tanto a los Hermanos como el respeto al sacerdocio y la docilidad a los pastores de la Iglesia. Basta leer la Regla y los escritos que ha dejado para convencerse. Así nos ha dejado expresada su voluntad:

1.º Consideren los Hermanos a su párroco como a padre, y pórtense con él como hijos dóciles.

2.º Pídanle consejo en todos los asuntos de cierta importancia relativos a la escuela, especialmente cuando se trate de despedir a un alumno; pónganse también de acuerdo con él para la distribución de premios, y no hagan nada contra su parecer y sin su consentimiento.

3.º Reciban gratuitamente en la escuela a todos los indigentes que les presente.

4.º No suspendan las clases ni salgan nunca de la parroquia sin advertírselo previamente.

5.º Soliciten su bendición cada vez que sean llamados a la casa madre o cuando tengan que ir al retiro o emprendan un viaje.

6.º Pídanle que visite a menudo las clases y bendiga de vez en cuando a los niños.

7.º No realicen visita alguna a los padres de los alumnos sin advertírselo, para cerciorarse de que tales visitas son oportunas y pueden favorecer a la escuela.

8.º Pongan mucho empeño en infundir en los niños gran aprecio del sacerdocio, inculcarles respeto hacia el clero y docilidad a los señores párrocos¹⁵.

Durante su vida exigió el cumplimiento de estos puntos. Hubiera querido incluir el quinto y sexto como artículos de Regla; pero teniendo en cuenta que algunos párrocos se avienen difícilmente a su cumplimiento, consideró más conveniente dejarlos como simple consejo y no declararlos de Regla.

Finalmente, recomendaba de continuo a los Hermanos que se mantuviesen siempre muy unidos con el señor cura; que recibieran sus consejos, advertencias y hasta sus reproches, con profundo respeto; que lo apoyasen siempre en todo lo relacionado con la educación de los niños y en las actividades conformes con el espíritu de la Regla, como formar a los niños en el canto litúrgico, enseñarles a ayudar a misa, acompañar las procesiones del Santísimo Sacramento, cuidar de ellos durante el retiro de primera comunión. Debían hacer todo esto con el consentimiento del párroco y siguiendo sus instrucciones.

En una palabra, quiere que los Hermanos se identifiquen con el señor párroco y que se porten siempre de modo que la escuela y su conducta personal le den satisfacción completa.

* * *

Éste es el espíritu que el piadoso Fundador se empeñó en infundir en los Hermanos, no sólo con sus instrucciones y exhortaciones, y con las correspondientes Reglas llenas del espíritu de Dios, sino, sobre todo, con su ejemplo.

A petición del clero fundó todas las escuelas; y jamás habría consentido enviar a los Hermanos a una parroquia, por muy ventajoso que fuera el puesto, sin el beneplácito del señor cura. Al llegar a una parroquia para inspeccionar la escuela, la primera visita era siempre para el señor párroco; iba a presentarle sus respetos, incluso antes de ver a los Hermanos.

En esas ocasiones, deducía habitualmente el estado de la escuela y la conducta de los Hermanos por la actitud e informes del señor cura. Si el informe era satisfactorio, deducía que todo marchaba bien. En este caso, la mayoría de las veces le bastaba con hacer una corta visita a los Hermanos para saludarlos y felicitarlos y se despedía sin haber entrado siquiera en las clases.

Si surgía alguna dificultad en una casa, nunca quería solucionar nada sin haber consultado al señor párroco y sin conocer su opinión.

Con frecuencia, la humildad del piadoso Fundador y el profundo respeto que profesaba a los sacerdotes, allanaron muchas dificultades, calmaron muchas susceptibilidades y solucionaron los casos más desesperados.

La última vez que pasó por Lyon, cuando regresaba de fundar el noviciado de Vauban, pese a que se hallaba muy enfermo, quiso ir a saludar respetuosamente al párroco de San Juan, encargado del orfanato de la Denuzière¹⁶. Trataron de hacerle desistir por el estado de su salud y por el agotamiento en que se hallaba. “No –dijo–, tengo que ir; tal vez no me reciba bien por problemas surgidos en la administración de esa casa, pero no importa; hay que superar esas minucias, para realizar las obras de Dios, y, además, pienso que mi visita le complacerá.”

Efectivamente, al principio fue acogido con frialdad, de modo que el buen Padre se sintió violento; pero fue tan franco, sencillo y humilde en sus explicaciones, que el señor cura quedó desarmado y se despidió del Padre con mil muestras de amistad y afecto.

A tal extremo llevaba su respeto al clero, que varios sacerdotes creyeron que su comportamiento obedecía a timidez y miedo. Convencidos de esto, le exigieron a veces ciertas concesiones relativas a la situación financiera de las escuelas. Pero el piadoso Fundador era tan enérgico como humilde y modesto. Si en alguna ocasión el interés por el bien lo llevó a condescender en asuntos de orden meramente material, jamás transigió en lo que pudiera suponer peligro para la virtud de los Hermanos u ocasión de exponerlos a perder el espíritu de su estado.

Algo que recomendaba a menudo a los Hermanos, y que llegó a plasmar en un artículo de Regla, es que se mantuvieran siempre al margen de todo partido u opinión que pudiera dividir a la parroquia. Llamados exclusivamente para la instrucción y educación de los niños, deben los Hermanos poner sumo cuidado en no criticar la conducta de las autoridades ni mezclarse de ningún modo en asuntos de administración eclesiástica o civil¹⁷.

Un Hermano muy piadoso, pero muy ingenuo, se permitió echar en cara a su párroco que no apoyaba suficientemente a los Hermanos ni visitaba la escuela. Durante las vacaciones, el Padre Champagnat se enteró de esa falta, lo mandó llamar y le dijo: “¿Quién le mandó encargarse de la conducta de su párroco, y con qué derecho fue a

hacerle reproches? Ha cometido usted una falta que nunca debería permitirse un Hermanito de María. Mañana de madrugada vaya a ver al señor cura, y, de rodillas, pídale perdón.”

El bueno del Hermano recibió y cumplió esta penitencia con mucha humildad; lo único costoso fueron para él las diez leguas que tuvo que caminar para cumplirla.

Para que esta docilidad que él desea que los Hermanos mantengan hacia el clero no llegue nunca a debilitar la regularidad y la vida comunitaria, estableció prudentemente que en caso de que el señor cura propusiera a los Hermanos algún cambio en el modo de dirigir las escuelas o en la forma de vida propia del Instituto, o si intentara conceder algún permiso extraordinario, le dieran a conocer respetuosamente lo que la Regla establece y les permitiera acomodar a ella su conducta. Pero si el señor cura insiste, como puede suceder, entonces, para evitar toda porfía, conviene suplicarle que, antes de actuar, les deje escribir al Superior General para obtener permiso¹⁸ y así darle gusto.

Es fácil apreciar lo sabio y prudente de esta norma, y lo adecuada que resultaba para evitar todo conflicto, pues al remitir al Superior la solución, coloca a los Hermanos al margen de toda polémica, asegura su unión con el señor párroco, y priva a éste de la posibilidad de abusar de la sumisión y dependencia que los Hermanos le deben.

De ese modo, el piadoso Fundador supo hallar el medio de dar al señor cura la autoridad e influencia que debe ejercer sobre los Hermanos y la escuela, sin que esa autoridad e influencia puedan alterar nunca el espíritu de regularidad y uniformidad que deben reinar en todas las casas del Instituto.

ANEXO

Preguntó un Hermano al Padre Champagnat qué debía hacerse en la visita del señor obispo a la parroquia. Le contestó:

1.º Si se sale procesionalmente al encuentro de Su Excelencia, no deje de ir con todos los niños, recomendándoles que se mantengan modestos, silenciosos y ordenados.

2.º Vaya a la casa parroquial con los demás Hermanos para saludar respetuosa y humildemente a Su Excelencia; pónganse antes de acuerdo con el señor párroco para elegir el momento más adecuado y conveniente.

3.º Al presentarse ante Su Excelencia; póstranse de rodillas ante él para recibir su bendición. Hagan lo mismo al despedirse.

4.º Después de expresarle sus sentimientos de profundo respeto, le darán un breve informe de la situación de las clases, y le rogarán que se digne visitar su escuela y bendecir a los niños.

5.º Si les concede ese favor, dispónganlo todo de manera que el orden, la disciplina, la limpieza, la sencillez y modestia resplandezcan por doquier tanto en la escuela como en el porte de los Hermanos y alumnos.

6.º Saldrá usted a esperar a Su Excelencia a la puerta principal de la escuela, y le acompañará hasta la sala en que estén reunidos los niños con los Hermanos, y donde habrá dispuesto un lugar para que se sienten el señor obispo y quienes lo acompañan.

7.º En cuanto el señor obispo y su séquito se hayan acomodado, uno de los niños, preparado de antemano, le dirigirá una palabras de saludo para agradecerle la visita que ha tenido la amabilidad de hacerles y manifestarle los sentimientos de respeto, amor, sumisión y religiosa veneración debidos al primer pastor y sucesor de los apóstoles.

8.º Los Hermanos y los niños se podrán luego de rodillas para recibir su bendición.

9.º Acompañe a Su Excelencia a visitar la escuela. Terminada la visita, lo acompañará hasta la puerta principal; y antes de despedirse, pídale de nuevo la bendición.

◆
¹ (OM 2, doc. 757 (5), pág. 771). Más tarde, el Padre Champagnat dirá lo mismo al señor Barou, Vicario general, LPC 1, doc. 7, pág. 39; al señor Vicario general de Lyon, LPC 1, doc. 4, pág. 35; y al señor Cattet, LPC 1, doc. 11, pág. 47.

² Lc 5, 5-6.

³ LPC 1, doc. 24, pág. 72.

⁴ Libro 3, 13.1.

⁵ LPC 1, doc. 31, pág. 86.

⁶ "Superior" quiere aquí decir: Superior General.

⁷ LPC 1, doc. 127, pág. 259; y doc. 200, pág. 405.

⁸ Elegido papa en 1823, León XII publica el 3 de mayo de 1824 la encíclica "Ubi primum", que exhorta a los obispos a velar por la enseñanza impartida en los seminarios (cfr. LEFLON, HISTOIRE DE L'Église, vol. 20, págs. 388-389, 1951).

⁹ Regla de 1837, cap. V, art. 31, pág. 46.

¹⁰ Este libro, "Il trionfo della Santa Sede e della Chiesa", es un "grito de esperanza en el triunfo inmediato y definitivo de la Iglesia. Los católicos, se decía en el prólogo, deben comprender por los hechos que es más fácil, según la expresión de san Juan Crisóstomo, apagar el sol que destruir la Iglesia" (Dict. de théologie. L. LETOUZEY, pág. 1822, 1920).

¹¹ Alusión al protestantismo liberal que a veces pone en tela de juicio la divinidad de Jesucristo.

¹² El Hermano Francisco precisa que estos comentarios proceden de una instrucción dada por el P. Champagnat el día de la fiesta de san Pablo (CSG II, página 231).

¹³ Ef 5, 27.

¹⁴ Mt 5, 13-14; 1 Tm 3, 15.

¹⁵ Regla de 1837, cap. V, arts. 8 y 15; también, cap. VIII, art. 5.

¹⁶ LPC 2, pág. 588. Y también LPC 1, doc. 306, págs. 552-555.

¹⁷ Regla de 1837, cap. V, art. 10, pág. 40. Los Hermanos cumplían este artículo de la Regla, como lo atestigua el Consejo General de Loira: "Hemos de reconocer en los Hermanos (maristas) que jamás preocupación política alguna les ha desviado del fin esencial de su institución" (Registro de deliberaciones, de 25 de agosto de 1838).

¹⁸ "Cuando los párrocos les hagan observaciones contrarias al espíritu de la Regla, les responderán que podrán conformarse a ellas cuando hayan obtenido permiso" (Regla de 1837, cap. V, art. 11, pág. 40).